

que debiera *administrarsele* (sin que desconozcamos que, afortunadamente, existen los que no necesitan tal medida terapéutica) unas dosis de *romanticismo* y otras tantas de *vocación*. Aunque, a decir verdad, esta segunda ya supone poseer algo de aquél. Tal vez alguien sonría al oír hablar de romanticismo en estos tiempos; pero ser romántico en Medicina no supone *melena desmelenada*, traje sucio, cara pálida, desaliño personal, ni renunciación al legítimo derecho a ganarse la vida. Supone únicamente pensar en que hay también algo más que la ganancia material, sentir la satisfacción de su ejercicio por lo que tiene de bella al curar, aliviar o consolar a los que sufren, ostentar, en fin, como penacho glorioso, la demostración de que se rinde tributo a nuestra tradición profesional.

Que nuestra carrera está pasando una terrible crisis, es un hecho positivo; que una de las causas de ella, tal vez la mayor, es el enorme número de médicos que anualmente producen las Facultades del Reino, lo es también.

¿Y no ha de llamar la atención que las vocaciones médicas se hayan multiplicado con feracidad asombrosa?

Pero la realidad demuestra que no existen tales vocaciones. Los jóvenes se sienten atraídos por lo que la gente dice: *los médicos ganan ríos de oro*, y como prueba irrefutable, citan los nombres de los que llegaron a la cumbre sin pararse a pensar que esa ascensión no fué debida únicamente al capricho de la suerte (factor importante), sino que costó trabajo honrado, fatigas y lucha. Que de ordinario los arrivistas se mantienen poco tiempo sobre el pedestal y los caduceos ganan dinero, es verdad, aunque dejando en el camino, mal-trecho y deshonorado, el título que inmerecidamente consiguieron.

Es un caso semejante al que ocurre en Andalucía, principalmente entre los jóvenes labriegos que, en gran número, sueñan con vestir un traje llamativo recargado de dorados caireles, porque saben que el triunfar en la arriesgada profesión del lidiador supone la liberación propia y de los suyos, el bienestar económico y las delicias de la máxima popularidad. Los que fracasaron, los que cayeron en la lucha... esos no cuentan y si se piensa en ellos, es tal vez para contestar, con el trágico estoicismo del "Espantero", que *más cornás da el hambre*.

Y en esta situación de espíritu, pensando únicamente en el provecho material, son muchos los que tienen ya decidida, desde el día de su ingreso en la Facultad, la especialidad a que van a dedicarse, creyendo que es la que rinde más pingües beneficios. Y tomada esta decisión, creen que no deben enterarse nada más que de lo que aquella se refiere, sin pensar que nada hay en nosotros que goce de absoluta independencia y que las disciplinas fundamentales de nuestra profesión son de tal trascendencia, que el ignorarlas o conocerlas deficientemente han de conducir al fracaso. Y éste llega y llega pronto, y entonces las amarguras y los desengaños y el aceptar cualquier solución por indecorosa que fuese y el amparar intrusos y el anunciar *Aires de primavera eterna* y tantas otras cosas lamentables como vemos y padecemos.

A esta cuestión va íntimamente ligada la del Profesorado. No podemos entrar ahora a discutir cual es la forma de realizar la selección entre los que aspiran a la Cátedra. Mucho se ha opinado sobre ello y no es nuestro propósito tratar de asunto de tanta trascendencia; pero si queremos señalar la influencia poderosísima que los que desempeñan función docente pueden ejercer so-